

María, pues, no está obligada á la ley de la Purificación en el Templo. Pero ¡ah! Ella se halla inundada de la humildad de Cristo, de la obediencia de Cristo, de la caridad de Cristo, y la sonora voz de San Bernardo herirá nuestro oído con sentidas exclamaciones sobre la natural pureza de María y sus hermosas semejanzas con la obediencia y el amor y la humildad de Jesús. Fueron, por tanto, estas celestiales virtudes las que sujetaron la libre voluntad de la Virgen María á aquel severo rito. La Santidad por Esencia, el Verbo de Dios humanado, había querido someterse á la ley de la Circuncisión; María, la santidad relativa, inspirada siempre en la Santidad Absoluta, quiso también purificarse sin haber sufrido mancilla. Jesús, el amorosísimo Jesús, quiso ser reputado entre los inicuos para salvarlos; María, la dulcísima María, quiso aparecer entre los pecadores para prestarles su auxilio y procurarles la gracia.

En todas las religiones y en todos los tiempos el culto tocará siempre al alma con misteriosos llamamientos; él será el impulso irresistible del corazón que siente, de la inteligencia que adora; pero el culto israelítico era muy especialmente conmovedor y solemne, como que estaba ordenado por la palabra misma del Señor, y basado en sus explícitas revelaciones. Sus ritos, sus salmodias, su grandeza, sólo podían ser superados por la Religión Católica, que sublimó sus cultos

con la adoración de dos seres reales que sólo conoció por la fe la Antigua Ley: la humanidad del Verbo, Hijo de Dios, y la figura sacrosanta de la Virgen Madre.

Fijarse ahora, Señores, en la calidad de la ofrenda que presenta María ante el sacrificador en el Templo, es experimentar una simpatía dulce, es sentir un movimiento de conmovedora sorpresa. La mujer judía que iba á purificarse, presentaba á la puerta del Tabernáculo de la Alianza un cordero de un año; María, que había depositado en manos de los necesitados todo el oro que llevaron á Jesús los Reyes de Arabia, no pudo presentar un cordero (1); Ella entregó la ofrenda sencilla de la mujer pobre, una paloma, para que fuese consumida en el fuego del holocausto, confesión sublime de la Soberanía Divina sobre la vida y sobre la muerte; otra paloma por la expiación del pecado en el cual Ella no había incurrido. ¡Oh Dios mío! ¡Con cuánta complacencia debiste recibir aquel testimonio de sumisión suavísima, hecho por la más perfecta de las madres y por la más pura de las vírgenes!

Después de esta ceremonia de la Purificación, que despierta, decimos, en el corazón cristiano un sentimiento de pasmo por la humildad de María y una melancolía indefinible por la pobreza de su ofrenda, el espíritu se dilata, el corazón se

(1) S. Bernardin. Sen.: *De Purif.*, art. 1, cap. 3.

regocija y enternece. María ha penetrado en más amplio recinto para hacer la Presentación de Jesús. ¡Ah, Señores! Toda la riqueza de aquellas grandiosas Puertas, de aquellos diversos atrios, del Trono, del Altar, del Mar de Bronce, del Santo de los Santos; toda la majestad de aquel edificio sin segundo, han quedado eclipsadas ante el honor inmenso, ante la gloria inenarrable de ver en aquellas naves extensas al Redentor de la vida. Las lágrimas de dolor que derramaron los libertados cautivos de Babilonia al contemplar el Templo erigido por Zorobabel, pobre en comparación del que erigió el hijo de David, han sido dichosamente oreadas por la presencia del Mesías en medio de su pueblo. Los testigos de aquel acto de sencillez encantadora no comprendieron entonces toda la trascendental grandeza del suceso; pero los ángeles que miran realizados los preciosos vaticinios de Aggeo y de Malaquías, debieron descender sobre aquel lugar escogido, volar gozosos en torno del Divino Infante, é inundar de indescriptibles emociones el corazón de tan venturosos padres.

Los Sacerdotes reciben de los brazos de María el tierno y gracioso Niño, para ofrecerlo al Señor. Y así como la humilde Madre presentó á las puertas del Tabernáculo las ofrendas de su Purificación, Jesús, con su Divinidad oculta por su Humanidad, con su Humanidad impecable por su Divinidad; Jesús, el Cordero inmolado desde el

principio del mundo, según la frase sublime del Evangelista (1), llenará igualmente en la morada del Altísimo todas las prescripciones legales: es ésta la realidad feliz, el símbolo ya cumplido de aquellos corderos sin tacha, que, durante siglos, habían sido ofrecidos á Jehová, por la mañana y por la tarde, en los altares del Eterno. María, pues, ha entregado, para rescatar á Jesús del servicio del Templo, los cinco siclos que demandaba la Ley, y que eran acaso lo único conservado para este fin, de los preciados dones de los Reyes de Oriente. Y entonces es cuando un anciano inspirado por el Espíritu de Dios, un *hombre justo* y venerado, reconoce en Jesús al *prometido* Libertador de las naciones, complaciéndose ya con el pensamiento de la muerte en la exaltación de su júbilo y en el cumplimiento de sus esperanzas. Y en pos de este Cántico de la paz, viene la profecía solemne, la endecha sentidísima del dolor futuro, el anuncio de aquella espada invisible que ha de traspasar el alma de la dulce Madre (2). Y tan grandes, y tan precisas, y tan sobrehumanas ha encontrado la Iglesia estas inspiradas frases, que ha querido perpetuar el Himno y la Plegaria de Simeón por toda la sucesión de los siglos, en la oración diaria del Sacerdote católico y en el ritmo cadencioso de la Sagrada Liturgia. En aquella

(1) *Apoc.*, XIII, 8.

(2) *Luc.*, II, 35.

voz penetrante, aunque trémula y apagada por los años, han sido legados para siempre á la consideración y á la piedad de los fieles los arcanos todos de la vida de Jesús y de María: arcanos de inefable gozo, arcanos de dolor sublime, arcanos de inenarrable gloria.

María, Señores, había oído, en casa de Isabel, palabras de gratitud y de alabanza, á las que ella respondió con un Cántico que habrá de ser eterno, porque el *Magnificat* continuará pronunciándose y repitiéndose en la Jerusalén celeste, cuando sólo exista ya una Iglesia triunfante; pero aquí, en la Presentación de Jesús, oye recogida y silenciosa los acentos proféticos de Simeón, que han de ser perdurables en los anales del Cristianismo. Reconoce María que es también éste un Cántico inspirado, y si lo escucha con la natural emoción de una madre amorosa, acata los designios del Señor con la serenidad y la resignación del alma singularmente santa. Era ya aquélla la libre y completa aceptación del sacrificio: revelábase ya en María la mujer inconcebiblemente heroica que permanecería de pie, junto á la Cruz de su Hijo, en el sangriento drama del Calvario. Si algún consuelo pudo sentir María en aquella hora de amarguísima prueba, fueron los fervorosos elogios del Divino Niño, salidos de los labios de Ana, la hija de Phanuel, que moró ochenta años en el Templo, entre el magisterio y la oración, esperando al Salvador que había de venir, y que había acompañado, en

unión de los Serafines del cielo, la infancia de María, recogiendo de la Virgen de Judá la esencia de todas las virtudes y la esperanza de todas las recompensas.

II

Y bien, Señores: del fondo de estos ejemplos de virtud y de vida surgen enseñanzas fecundas y salvadoras para los individuos y los pueblos. Las funestas consecuencias de la herejía del libre examen, la soberbia de las escuelas filosóficas de nuestra época, los egoísmos monstruosos del positivismo moderno, han llevado á sus últimos límites las rebeldías de la razón y del espíritu, y muchos hombres de nuestro tiempo no sólo detestan toda autoridad, sino que se revuelven contra toda ley y contra todo derecho; aumentándose sobremanera su rebelión y sus iras cuando se trata de la Ley de Dios y de los preceptos de la Iglesia. La relajación dolorosa del sentido moral en las actuales sociedades; ese afán delirante por todos los espectáculos que extravían y gastan la sensibilidad, por el deleite que degrada y destruye, por el lujo que engendra á un tiempo el odio, la envidia y la ruina, van alejando á las almas de los lugares donde se adora al Señor y donde se impetra fervientemente su clemencia y su gracia. Y

como únicamente en el cumplimiento de la Ley y en las moradas del Dios vivo puede encontrar el hombre el bienestar y la dicha, he aquí por qué en la Festividad que hoy celebramos, en la cual la humildad y la obediencia brillan con sobrenaturales resplandores, y las grandezas y las misericordias del Altísimo se ostentan con toda su gloria y su dulzura, debemos buscar nosotros las inspiraciones que iluminan y los remedios que restauran.

¡La ley! ¿Qué cosa es la ley? La ley es la ordenación recta de todos los seres creados á un fin común, según la índole de su respectiva naturaleza. No hay materia sin ley, no hay fuerza sin ley, no hay razón ni entendimiento sin ley; y la ley es, por lo mismo, la dirección providencial y el poder regulador de todo cuanto existe. Pero si todos los cuerpos tienen sus leyes; si la naturaleza toda tiene sus leyes, y la vida tiene sus leyes, y la moral tiene sus leyes, sólo el hombre posee la inteligencia para dar leyes á las sociedades, y únicamente en Dios está la ley suprema con que Él quiso regir al hombre y á los pueblos, y con la cual conserva y dirige al mismo tiempo todos los mundos creados.

Al hacer nosotros un concienzudo y esmerado estudio de la ley, hallamos dos hombres extraordinarios, que habiendo vivido á diez siglos de distancia, coincidieron en las explicaciones profundas, en los conceptos altísimos de ese hermoso

Tratado: fueron éstos San Isidoro de Sevilla y el celeberrimo Doctor Francisco Suárez; nombres excelsos, Señores, que honran á la humanidad y á la Historia, y que son para mí particularmente queridos, porque nacido el uno á los arrullos de nuestros tranquilos mares de Levante, esparció los destellos de su ciencia y los perfumes de su santidad en la risueña Andalucía; y porque el otro tuvo su cuna y vió deslizarse los interesantes días de su infancia en mi nativo suelo. Pero antes que esos dos colosos del saber divino y humano, como enviando inmediatamente al primero los maduros frutos de su sabiduría, y trazando con Isidoro surcos de refulgente luz al inmortal Jesuíta escondido en Coimbra, espíritu enamorado, como Gerson y como Teresa de Jesús, de las prerrogativas del Patriarca José, nosotros contemplamos la figura gigantesca del Aguila de Hipona, escribiendo acerca de la ley cosas que embelesan y suspenden el ánimo. No: jamás pudo concebirse idea más grande y fecunda que aquel grandioso pensamiento de San Agustín, de que la ley es amor, porque ella fué dada para buscar y para amar la gracia divina, así como la gracia nos fué otorgada por Dios para observar y para amar la ley» (1); secretos, hermanos míos, de reciproci-

(1) Lex Dei charitas est; lex data est, ut gratia quæreretur. Gratia data est, ut lex impleretur. (In lib. *De spiritu et littera.*)

dades celestiales y de recompensas dulcísimas, en las que toda mente religiosa se abisma y todo espíritu cristiano se conforta.

En esos tres poderosos talentos veremos maravillosamente cumplidas estas bellas palabras del Evangelio: «Por la fe de Jesucristo comenzó la ley, y en Cristo se consuma y se completa» (1); y también aquella admirable frase de San Pablo, de que el fin de toda ley es Jesucristo, Redentor de la vida (2). Por esto, Señores, así como la fe en Dios y en Jesucristo es sólo una, así la ley, derivación de Dios y establecida en el mundo por el Verbo Encarnado, es igualmente una. Y si alterar el concepto de la fe es entrar en el camino de las rebeliones impías, de los ataques contra la revelación y el dogma, alterar el concepto de la ley es perturbar todo el orden moral, obscurecer las luces de la filosofía, trastornar las armonías de la naturaleza, falsear las nociones de materia y de fuerza, dejar sin explicación posible los fenómenos todos del universo. Y si de la confusión de las ideas religiosas pueden provenir errores que conduzcan al ateísmo, de la confusión de la ley y del desconocimiento de la causa originaria de ella nacen errores que llevan al naturalismo más audaz ó al materialismo más absurdo. Y, en suma, de Dios proviene la fe, y hacia Él debe elevarnos;

(1) Matth., V.

(2) Rom., VI, 7, 10.

de Dios proviene la ley, y á Él debe dirigirnos: desdeñar la fe y menospreciar la ley es volverse contra el Soberano Creador, y deificar la fuerza y la materia, ni más ni menos que como las teogonías del Paganismo deificaban los astros, los animales y las plantas.

Sí; es triste y es criminal empeñarse en la insensata tarea de atribuir la existencia del universo á esas combinaciones monísticas ó atomísticas que soñó el Panteísmo, ó que placen al Materialismo de nuestros días. Lo más dulce, lo más consolador, lo más glorioso de la razón y de la vida humana, es el reconocimiento de un Hacedor Supremo que todo lo ha creado y todo lo gobierna; es la convicción segura de que de ninguna fuerza, de ninguna combinación de átomos, de ninguna evolución de los seres pudo ser formado el hombre. No, mil veces no. Esta inteligencia, esta voluntad, esta energía, esta nobleza humana, es una creación aparte de la Omnipotencia y la Sabiduría divinas, que se ha dignado constituirnos en reyes y dominadores de la naturaleza creada.

Descendiendo ahora, por muy cortos instantes, á las esferas más prácticas de la vida social, y del régimen y gobernación de los pueblos, diremos que no hay misión más alta en las potestades terrenas que establecer y promulgar la ley; pero esta hermosura y esta grandeza solamente se realizan cuando las leyes se elaboran y constituyen

con luces y con auxilios que descienden de Dios, y que levantan el corazón del hombre hacia la patria de donde esos rayos proceden; cuando el Legislador confecciona mandatos protectores de la verdad y la justicia, preceptos de rectitud inquebrantable, que siendo á la vez fuente de dicha y de abundancia, sirvan de dique fuerte y seguro contra la codicia de los ambiciosos y contra las demasías de los malvados.

La ley, por el contrario, que es dada y establecida para adular á los príncipes ó á las muchedumbres, para complacer á los políticos, para oprimir á los débiles, sin que en ella resplandezcan, por consiguiente, los principios eternos y los eternos fines, no es victoria del hombre ni fundamento de progreso alguno legítimo; sino que es triunfo funesto del genio del mal y del error, del arcángel caído, del tentador constante, del enemigo de Dios y enemigo de nuestra felicidad verdadera, el cual desprecia y se mofa del hombre loco y ciego que, á costa de su propia alma, le procura alegrías, si es que en el espíritu horrible de Luzbel puede haber el gozo.

Ahora bien, Católicos: si el cumplimiento perfecto de la ley constituye el acariciado ideal de todas las almas rectas, en el Templo del Señor es ciertamente donde este ideal se vislumbra y se realiza por acabada manera; porque siguiendo nosotros la preciosa sentencia de San Agustín, que ya hemos consignado, «de que la ley, que es

amor, busca á la gracia, y esta gracia nos hace amar más intensamente la ley,» en la Casa donde el Señor habita y recibe nuestras adoraciones es donde más estrechamente se verifican esos santos consorcios de la gracia con la caridad y la justicia; porque el Templo es el lugar sagrado donde el niño, el infante, el adolescente que recibió en él las aguas bautismales, abrió su razón á la fe, y su corazón á los amores puros, y su espíritu á la ciencia, viendo en aquellas radiantes claridades la salvaguardia contra el error, y en aquellas figuras silenciosas el estímulo elocuente de toda virtud, y en aquella Cruz de la nave, en aquellas bóvedas, en aquella cúpula, los umbrales misteriosos de lo eterno y de lo infinito.

Dios, Señores, quiso manifestar en todo tiempo su Gloria, su Amor, su Sabiduría, su Poder y su Providencia, y Él hubo de revelar necesariamente al hombre cómo quiere ser adorado y correspondido: bastaríanos, para abrigar esta fe, ver en el templo ese conjunto de almas que rezan, que lloran, que bendicen, que imprimen humildemente en el suelo el ósculo de sus labios, múltiples testimonios de una voluntad divina que llama dulcemente á la voluntad humana, y que forman tales cuadros de ternura, tales tesoros de inspirada poesía, que conmueven y embriagan á todos los espíritus delicados y á todos los corazones sencillos. El hombre, por otra parte, sintió dentro de sí la necesidad de adorar al Señor; y en todos